

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdad. Las palabras de los sabios son como púas ó clavos, que penetran profundamente, y nos han sido dadas, mediante nuestros maestros, por el único pastor.

ECCLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está en la continua difusión de libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condición de las cosas á la cual hemos llegado actualmente..., los escritores católicos deben con todas sus fuerzas ocupar la imprenta en bien de la sociedad.

(LEÓN XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

Turín — Buenos-Aires — LIBRERIA SALESIANA — Sarriá (Barcelona)

LECTURAS CATÓLICAS

1° Esta publicación se propone exclusivamente la enseñanza y defensa de la Religión Católica, mediante la difusión de libros morales y amenos adaptados á la inteligencia de todos.

2° Cada mes saldrá á luz un opúsculo de 100 á 120 páginas, el que se enviará á los Sres. Suscritores.

PRECIO DE SUSCRICIÓN (ADELANTADO)

3° En Buenos Aires: Un año peso m/n	1 25
— Provincias: — —	1 50
» España — — pesetas	8 00
» Italia — —	7 50

4° Los Señores Suscritores, que quisieran constituir centros de suscripción, recibiendo 10 ó más ejemplares, tendrán una notable rebaja proporcionada á la cantidad.

5° Para los pedidos y precio de la suscripción se ocurrirá en Buenos Aires á la *Dirección de las Lecturas Católicas* en el *Colegio Pío IX de Artes y Oficios*, en ALMAGRO. En Salta, al R. S. Bernabé Piedrabuena, en el Seminario Conciliar; en Montevideo, á D. Adriano Migone, Calle Constituyente, 105; en España, Barcelona-Sarriá, á la Librería Salesiana, y en Italia, á la Librería Salesiana de Turín.

- Album de los Papas** con los retratos de todos los Soberanos Pontífices desde San Pedro hasta León XIII, y un Resumen histórico de cada uno de ellos, escrito en alemán por S. Em.^{ma} el Cardenal José Hergenröther, ampliado y vertido al español y al francés bajo la dirección del M. I. Sr. D. José Vallet y Piquer, con la colaboración de distinguidos literatos y con censura y aprobación de la autoridad eclesiástica. Espléndida edición hispano-francesa de gran lujo, con 130 magníficas láminas y los retratos originales de los 258 Papas; grande y precioso tomo *in folio*, artística y ricamente encuadernado con fierros especiales en forma de *Album* de como 43 p. 28 centímetros; 1885. Peset. 75,00
- Qui est-Elle?** ou le Cœur de Marie espérance du monde. par Maximilien Barde-son des Comtes de Rigras. Traduction de l'italien par l'abbé F. Marie Didier, du clergé de Maurienne (Savoie). Un vol. en-8° de 320 pages . . . » 3 00
- Compendiosa Regula Cleri.** — 1881, in-32, pag. VIII-120 (Torino). . . » 0 60
- Compendium Biblicum** seu Brevis expositio historiarum, praeceptorum, prophetiarum, admonitionum quae in Divino Volumine continentur. — 1881, en-32 de pag. 164 » 0 60
- Imitatione (De) Christi.** Libri quatuor. Nova editio cui accesserunt varii indices. — 1880, en-64 de pag. 458 » 0 60
- LASELVE (Fra Zacharia).** **Annus Apostolicus continens conciones:** I. Toto adventu — II. Tempore Quadragesimae. — III. Omnibus diebus et singulis totius anni diebus Dominicis. — IV. De Sanctis. — Predicabiles stylo perspicuo elaboratas, claraque methodo concinnatas. Editio revisa ed adnotata a P. A. Saraceno. — 9 vol. en-8° di pag. 2996 » 28 00
- Conciones Praecipuis Festivitatibus B. M. V. P. ZACHARIAE LASELVE.** Excerptae ex opere Annus Apostolicus eiusdem auctoris. Editio revisa et adnotata a P. A. Saraceno Presb. Congr. Or. Taurini en-8° » 2 00
- NAMBRIDE DE NIGRI (abbé) Improvisateur Sacré.** 1^{ère} partie: *Les Evangiles et instructions sur le principales fêtes de l'année* — 2^{me} partie: *La Prière, Oraison Dominicale, les Sacrements, les Commandements de Dieu.* 2 vol. en-8° » 7 00
- Totius Summae Theologicae S. Thomae Aquinatis Compendium rhythmicum** F. Dominico Gravina Ord. Praedicatorum S. Theologiae Magist. Auctore. — Un vol. en-32° de pag. 340 » 2 00
- TIRAN (P. Jacobo S. F.). Missionarium, seu vir Apostolicus** in suis excursionibus spiritualibus, in urbibus et oppidis ad Dei gloriam et salutem animarum susceptis. Lector inveniet: I. *Ordinem servandum in missionibus.* II. *Seriem concionum tempore missionis.* III. *Ordinem concionum pro diebus dominicis et feriis adventus, pro dominicis et feriis Quadragesimae et pro diebus dominicis totius anni.* Editio revisa et emendata a P. Stemmegoldo Ponzini Miss. Apost. e S. F. 6 vol. en-8° de pag. 1942 » 18 00

N. B. *Al precio de la obra es preciso añadir el 10 p. % por los gastos de correo y expedición.*

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIM. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO)

Un tierno amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Qualquiera que reciba á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionad libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Doblad vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción é incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

→ DIRECCIÓN en el Oratorio Salesiano. — Calle de Cottoleago N° 32, Turín (Italia) ←

SUMARIO.

EL SAGRADO CORAZÓN Y LA SANTA EUCARISTÍA.
 VIAJE DE DON RUA.
 VIAJE DE NUESTROS MISIONEROS A COLOMBIA Y ECUADOR.
 NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES: *Patagonia*.
 VALENTÍN Ó LA VOCACIÓN CONTRARIADA.
 BIBLIOGRAFÍA.



El Sagrado Corazón de Jesús y la Eucaristía.

La Santa Eucaristía es la obra maestra del Corazón de Jesús. Los hechos más admirables, los más luminosos ejemplos de bondad y ternura de que la vida de nuestro Divino Redentor está llena, parecen eclipsarse ante esta maravilla de las maravillas. ¿Qué cosa más preciosa y exquisita que el pan de los excogidos y el vino que engendra vírgenes? A esta obra de omnipotencia é infinita bondad enderezábanse los más vivos y ardientes deseos del Sagrado Corazón en su vida

mortal; y para que comprendiésemos la sobrenatural virtud de este don quiso anticipadamente explicarlo, haciéndolo preceder del gran milagro de la multiplicación de los panes. Llegado el momento de la institución de este inefable sacramento, elige para ello la mayor solemnidad, la solemnidad de la Pascua, reúne á sus Apóstoles en un gran cenáculo, comienza por lavarles él mismo los pies, para indicarles la pureza y humildad que debe adornarles, y ¡con qué dulzura y paternal afecto les recomienda la necesidad del alimento divino para la vida del alma!

Necesario es recordar con frecuencia tan importante recomendación, particularmente en nuestros días en que con injustificables pretextos tantos cristianos se retraen de la Comunión, de la divina fuente de gracias, del amor de los amores, como lo llamaba San Francisco de Sales.

No hay catolicismo, decía con elocuente simplicidad nuestro amado Don Bosco, donde no se honra á María y á Jesús Hostia.

Y á la verdad « imposible es que se

salve el que no es devoto ni protegido de María » (1), como que Dios ha dispuesto que ella sea el canal de todas las gracias. María se halla tan estrechamente ligada á la gloria divina, que todo acto de homenaje que se le tributa es un verdadero acto de amor de Dios. El amor de María no es más que una forma del amor á Jesús y así aumentando el amor á la Madre crece el amor al Hijo, y siendo el primero una parte esencial del segundo por María se va á Jesús como por Jesús á María. Imposible es, pues, también que el devoto de María no lo sea de Jesús Sacramentado, centro de todas nuestras adoraciones.

Todo en la Iglesia de Dios toma su tono de la Eucaristía, todo recibe su irradiación del Santísimo Sacramento; el espíritu de la Eucaristía debe hallarse por doquiera. ¡Ay de la nación, ay de la sociedad, de la familia ó establecimiento de educación donde no se frecuenta la Comunión! Sus días de paz, su prosperidad no pueden durar.

¿Queremos por nuestra parte reavivar la fe y el amor á Jesús Hostia?

¿Queremos que esta fe y amor se exprese en las obras? ¿Queremos infundir en nosotros mismos y en cuantos nos rodean un principio de fuerza y de vida incorruptible é inmortal? Promovamos y practiquemos con ardor la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Promovámosla y practiquémosla encendiéndonos en amor al S^{mo} Sacramento: tal es el objeto principal de esta devoción. Para convencerse de ello basta recordar la vida de los Santos: « Saludad con frecuencia al Corazón divino, decía San Francisco de Sales, que para mostrarnos su amor se oculta bajo las especies de pan, viviendo así familiarmente con nosotros. El amor os hará conocer cuán grande es el que Dios nos profesa, pues que para ser todo nuestro se nos da á sí mismo en alimento para la salud espiritual de nuestras almas. » Basta ver como la Iglesia, madre afectuosa é infalible maestra, al aprobar la fiesta y oficios en honor del Sagrado Corazón declaró que lo hacía á fin de que en la

imagen del Sagrado Corazón se honrase con mayor devoción, fervor y provecho espiritual el amor que Jesús nos muestra en su pasión y muerte y en la institución del Divino Sacramento. »

No sin motivo podemos considerar el amor divino residiendo en el Corazón de Nuestro Redentor, cual si fuese un soberano sentado en su trono: por la abertura del costado ve los corazones de los hijos de los hombres, no perdiéndolos jamás de vista. Así como aquellos que miran por entre celosías ven sin ser vistos, así el amor de este Sagrado Corazón sin cesar está observando todo cuanto pasa en el nuestro. Por lo que hace á nosotros, no vemos á Jesucristo distintamente; sólo le vislumbramos; porque si le viésemos acá en la tierra como es en sí mismo moriríamos de amor.

« Siempre el corazón humano, dice San Francisco de Sales, se encuentra agitado cuando por cualquier accidente es reprimido su movimiento natural en cuya virtud no cesa de latir para dilatarse y contraerse; y nunca se halla más tranquilo que cuando semejante movimiento no tropieza con obstáculo ni resistencia alguna; ó en otros términos, la holgura y calma del corazón consiste en su movimiento, y hé aquí lo que acaece con las criaturas que aman á Dios: su amor encuentra el descanso en el doble y continuo movimiento de la complacencia y benevolencia: por el primero atraen y abrazan al Omnipotente en su corazón; por el segundo dilatan el corazón en su Dios. » Pues bien, estrechémonos con Jesús, recibéndole en el altar, si es posible, cada día, y con viva fe en su infinita bondad, misericordia y amor dilatemos en Él nuestro corazón.



VIAJE DE DON RUA.

No habiéndonos sido posible recibir todas las noticias de las Casas Salesianas que aun visita nuestro Rector Mayor aplazamos la relación para el próximo número.

(1) S. ANSELMO, *De exc. Virg.*, c. 11.

VIAJE DE NUESTROS MISIONEROS

á las Repúblicas de Colombia y Ecuador.

Preciosa muerte de uno de ellos.

Para complacer á muchos de los parientes, bienhechores y amigos de nuestros Misioneros, que no hace mucho partieron para el Ecuador y Colombia, publicamos la correspondencia siguiente, en que se narra lo más importante del viaje y en especial la muerte del joven misionero José Eterno, el primer Salesiano llamado por Dios á la eternidad antes de llegar al campo de apostólicas fatigas á donde se dirigía.

Carta de París.

14 de enero de 1890.

AMADÍSIMO SR. DON. RUA :

Luego que recibí su carta pensé ¿Cómo hacer para dar alojamiento á doce misioneros, teniendo llena la casa de niños? Mas vínome pronto una feliz idea. Hay en el jardín una estancia que destinada á almacén la reduje á dormitorio para doce niños y con esto el más hermoso dormitorio de la casa quedaba disponible para los misioneros. Apenas hice tal indicación á los chicos todos ofreciéronse gustosos á cederles el puesto y los más contentos fueron los preferidos. Sin pérdida de tiempo se hizo la transformación. Mas una idea trae otra. Días después compráronse diez camas nuevas para dar cabida á otros tantos pobres huérfanos: el almacén quedó permanentemente convertido en dormitorio y el acrecimiento de nuestra familia ha sido como una bendición al pasar por aquí los misioneros, quienes llegando el 4 del presente á las seis de la tarde sólo nos acompañaron cuatros días, tiempo suficiente para que los niños les cobrasen gran cariño.

El día de Epifanía los misioneros fueron á visitar la basílica del Sagrado Corazón y allí atendieron singularmente los Padres Oblatos, siempre tan benévolos con los hijos de Don Bosco. Al día siguiente visitaron al Cónsul del Ecuador y al Encargado de Negocios de Colombia, de quienes recibieron excelentes indicaciones para el viaje á Bogotá. El mismo día con vivo reconocimiento recibieron de la señora Bossery, presidenta de la Obra Apostólica en favor de las misiones extranjeras un altar portátil y varios paramentos sagrados.

El 8, día de la partida, nuestros músicos tocáronles lo mejor de su repertorio: los niños lloraban enternecidos y prometían á nuestros hermanos no olvidarles en sus oraciones. A las 11 salíamos en el tren directo y á la una

postmeridiano estábamos en Chartres, en cuya catedral se admira la célebre campana regalada por Ana de Bretaña y cuyo sonido se oye según es fama á cuatro leguas de distancia.

A las 7 de la tarde llegamos á Nantes donde tuvimos la suerte de encontrar á nuestro insigne cooperador el señor Mauzoian du Gasset que presentó á Don Unia una ofrenda y una caja con un copón y dos hermosos candeleros.

A las nueve nos albergabamos en la fonda Bely en San Nazario, y el 10 á las 3 postmeridiano en un pequeño barco nos dirigimos al vapor *La France* en alta mar.

El mar estaba tan agitado que á cien metros no se veía el vapor. Establecidos mis queridos hermanos en sus camarotes y dado el último adiós, volví á tierra para regresar á Menilmontant donde ciertamente no falta trabajo.

Ruegue por su

Afmo. en J. C.

D. G. RONCHAIL.

En alta mar.

A bordo del vapor *La France*,
22 de enero de 1890.

REV^{mo} SR. D. RUA :

Espero poder mañana enviarle ésta de Saint-Pierre. Nuestro viaje hasta ahora ha sido feliz, y todos estamos bien menos el caro clérigo José Eterno, quien cayó á la cama el mismo día de embarcarse y ahora el mal es de gravedad. Dos médicos pasajeros y el de á bordo creen que se halle fuera de peligro; pero con todo preveo que será menester desembarque en Barranquilla á fin de que, estando muy debilitado, repose unos cinco ó seis días.

La enfermedad ha sido un amago de pulmonitis y aunque curada á tiempo me deja aún en gran aprensión.

A bordo se nos trata con toda consideración. Todos los días celebro la santa Misa. Los pasajeros, en número como de ciento, son corteses y cristianos; entre ellos vienen cinco sacerdotes franceses y el Superior de los Lazaristas de Panamá. ¡Qué afortunado encuentro! ¡Cómo se ve que el Señor nos quiere bien!

Hemos tenido también la suerte de que venga con nosotros un ingeniero, empleado del Gobierno de Colombia, dignísimo sujeto y muy conocedor del camino que debemos recorrer. Con la mayor gentileza espontáneamente se ha encargado de disponer cuanto sea necesario y de acompañarnos hasta Bogotá. Conoce palmo á palmo esta ciudad y toda Colombia y está relacionado con los hombres más notables del país.

No le escribo con más detención porque me siento sofocado de calor.

Acepte, amadísimo Don Rua, los más humildes y sinceros saludos de mis compañeros y míos. Sírvase dar nuestros afectuosos recuerdos á todos nuestros Superiores, asegurándoles que ningún día dejamos de rogar por ellos.

Sac. MIGUEL UNIA.

De Venezuela.

Caracas, 31 de enero de 1890.

REV^{mo} Y MUY AMADO PADRE :

El 23 de enero el clérigo Eterno estaba bastante mejor. La fiebre había casi desaparecido, pero sumamente débil apenas podía tenerse en pie. El 24 se confesó y le di la santa Comunión. Persuadido estaba él de que no llegaría á Bogotá y varias veces me lo dijo en los primeros días de su enfermedad. El 26 volvió á repetírmelo. Con sorprendente tranquilidad exclamaba: ¡Verá, verá si es cierto lo que le he dicho! — Yo procuraba persuadirle de que no tardaría en sanar; pero él — ¡Verá, verá! de nuevo me decía. — Lo mismo dijo á uno de los compañeros, y antes de salir de Turín, al despedirse de un Superior, estas fueron sus palabras: — Ruegue por mí porque ya no nos volveremos á ver en esta tierra.

— ¿Y por qué no habremos de vernos en esta tierra? ¿No has visto cuantos de nuestros hermanos han vuelto?

— Es verdad, pero yo no volveré.

El 27 de enero á eso de las seis entró nuestra nave en el puerto de La Guaira. Apenas echadas las anclas, el capitán, el doctor de á bordo, el ingeniero romano y varios otros señores apresuráronse á buscar en la ciudad un puesto conveniente para nuestro pobre enfermo. No tardaron en encontrarlo en el pequeño hospital de San José, fundado el año pasado por el párroco de Maiquetía (en La Guaira), Don Santiago Machado, y mantenido con las limosnas que cinco ó seis Hermanas salen á recoger los miércoles y sábados de cada semana. El Sr. Machado es Cooperador de nuestra Obra y ha establecido una pequeña tipografía y una escuela de cincuenta niños para darla á los Salesianos á quienes espera con vivo interés.

No podía resignarme á dejar solo á Eterno; por lo que antes de desembarcar recomendé mis compañeros al ingeniero romano, seguro de que serán perfectamente atendidos, como que en su generosidad ha llegado á ofrecerme dinero en caso de necesitarlo.

Encargué, pues, á los demás misioneros que, por Savanilla, siguiesen á Bogotá y que advirtiesen por telégrafo al Obispo de Cartagena que no iban por allí á causa del mal

camino y que si llegara de Chile el P. Rabbagliati se sirviera decirle que se uniera á ellos en la navegación del río Magdalena.

Yo no podía prever la desgracia que estaba para sucedernos.

A las 9 1/4 bajé en una chalupa con el querido enfermo. El buen amigo ingeniero que tanto se había empeñado en buscarnos un buen asilo quiso acompañarnos á tierra.

Al llegar al hospital de Maiquetía, donde es purísimo el aire, fuimos recibidos con la más exquisita atención y cordialidad. Bien comprendí que allí nada nos faltaría, y lleno de agradecimiento por tanta bondad, el clérigo Eterno se acostó para reposarse.

Pero ¡ay de mí! dos horas después vino un desvanecimiento que le duró hasta las seis de la tarde.

A las 7 le di la bendición de María Auxiliadora y él respondía á mis oraciones. Terminada ésta perdió el conocimiento. A las ocho le di la bendición papal en artículo de muerte. A las 11 1/4 viendo que empeoraba le administré la Santa Extremaunción. En tales momentos volvió en sí y se puso á rezar, luego sonriente me miraba y cantaba. Poco después entró en agonía y yo recé junto á él las preces de los agonizantes.

Al fin de las letanías noté que movía los labios: me conoció; pero ya no podía hablar. Le sugerí algunas invocaciones y le advertí que de nuevo le daba la absolución. Me hizo una señal de aceptación. Le di á besar el crucifijo que luego con gran ternura estrechó en sus manos.

Comencé á recitar entonces el *Proficiscere*. ¡Ay! la palabra se me anudaba en la garganta. ¡Cuánto sufrí al pronunciarla! — El enfermo me miró con fijeza. — Hermano querido, yo habría deseado que no partieses. En tí perdía un hermano, un auxiliar y compañero de trabajo, un robusto obrero para las misiones, á penas á mitad de camino. Pero ¡vuelas al Cielo!... ¡Dios sea bendito!

Seguí entre sollozos recitando las preces de los agonizantes. Al decir la última y pronunciar el nombre del enfermo expiró. Daban las doce.

¿Quién habría podido imaginarlo? Diez y seis horas hacía solamente que habíamos bajado á tierra... los demás misioneros continuaban su navegación y dormían inconscientes de la pérdida que acababan de sufrir. Yo al lado del hermano velaba la noche sin que me fuera posible dormir. El cadáver hallábase colocado sobre un blanco lecho, en una hermosa estancia, cerca de un altar con un gran crucifijo y dos luces. Vestido con sotanas, tiene el birrete puesto y en la mano un crucifijo y un rosario. Parece dormir. Yo recitaba el oficio de difuntos al mismo tiempo que rezaban tres Hermanas, una señora y dos muchachos todos negros. Al fin de la oración exclamaron: ¡No parece muerto! ¡Es un San Luis!

A la mañana siguiente mandé buscar á la parroquia una casulla negra y celebré en aquella estancia la misa. Un subdiácono que me la ayudaba y dos Hermanas recibieron la Santa Comunión. La sala estaba llena de gente.

Esparcida la voz en la vecindad, numerosas personas vinieron á verle y rogar por su alma.

Era un movimiento continuo de buenos cristianos. A las ocho vino el buen Párroco Don Santiago Machado con todo el clero. Anunciada la noticia á Caracas, capital de la República, no obstante la considerable distancia, vienen á Maiquetía el Archidiácono de la iglesia metropolitana, Don Juan B. Castro, y nuestro incomparable bienhechor y Cooperador Salesiano Dr. Don Ricardo Arteaga.

Dejando por breves momentos al amado difunto, hablo con Don Santiago Machado para manifestarle mi deseo de que se celebren modestos funerales, sin pompa, propios de un religioso. Me responde que lo deje enteramente á su cuidado.

En efecto, á eso de la 10, traen un elegante ataúd: retírase la gente y, en compañía de dos Hermanas, con santa emoción colocamos allí el cadáver. Luego volvió á entrar la gente y continuaron las oraciones.

El día lo pase ya en la capilla, ya en el jardín, alternando la oración con las lágrimas. ¡Sí, yo que ni una lágrima derramé al dejar á los parientes, amigos y patria, ahora no era capaz de contener el llanto! ¡Cuánto me consolaba aquella buena gente, que sin conocerme á mí ni al difunto tanta parte tomaba en semejante desventura!

Concluías sus oraciones, antes de retirarse, acercábanse á mí y afectuosamente me decían: — ¡Dios le consuele, mi Padre! ¡Dios le de resignación! Nosotros rogaremos por el finado.

A las 4 de la tarde la Superiora de las Hermanas me presentó una corona de lirios y otras frescas flores, diciéndome: « Este es el homenaje del pueblo al hermano que Ud. ha perdido. »

A las 5 llegó el carro fúnebre de primera clase y el Clero con solemne aparato y un inmenso gentío. Entre ellos Don Tomás Monteverde, Cura de una parroquia de La Guaira y Cooperador nuestro; dos subdiáconos, uno de Caracas y otro de Maiquetía, un capuchino de Caracas, el Archidiácono de la iglesia metropolitana, Don Ricardo Arteaga, etc. Todos se empeñan en conducir el ataúd al carro y tienen á mucha honra prestar este servicio. Al ponerse en marcha el acompañamiento yo voy tras del carro, á la derecha Don Ricardo Arteaga, á la izquierda Don Tomás Monteverde, recitando el rosario. Al llegar á la plaza quiso el clero cargar de nuevo el ataúd sobre sus espaldas para llevarlo á la iglesia.

Aquí esperábame una gran sorpresa. Las exequias eran superiores á cuanto podía imaginarme. La misa fué solemne con acompañamiento de canto y orquesta. Parecíame hallarme en la iglesia de María Auxiliadora, y fué el bálsamo más dulce cuando tan destrozado sentía el corazón.

Concluída la misa y preces en la iglesia, colocóse el ataúd en el carro, y en cuatro carruajes le acompañan detrás el clero y otros caballeros. Bendíjose la fosa y, depositados los restos queridos, el clero mismo lo cubrió de tierra.

¡Ah, hermano! Desde el cielo, donde sin duda te encuentras, haz que los Salesianos no tarden en llegar á Venezuela! Un signo dejo donde quedan tus cenizas, y los Salesianos apenas lleguen al puerto vendrán á honrarlas, no para llorar, sino para orar, para aprender de tí los ejemplos sublimes que nos dejas de abnegación y de singulares resignación en los días de tu enfermedad. ¡Cuánto sufristes entonces, en el estrecho y duro lecho del camarote! Sólo el que ha hecho largo viaje por mar puede comprenderlo; sólo quien de continuo te vió puede decirlo. Siempre te conservaste alegre, tranquilo. ¡Oh bendita sea tu memoria!

Antes de dejar la pluma no puedo menos de significarle que muy reconocido quedo al Sr. Dr. D. Santiago Machado, Párroco de Maiquetía, quien nada quiso aceptar por los solemnísimos funerales, y que tantos servicios me prestó y que también pagó un telegrama enviado á los demás hermanos á Puerto Cabello. Obligadísimo me deja asimismo todo el clero de que le he hablado y el Sr. Arteaga quien pago 145 pesetas por el telegrama que á Ud. anunciaba la dolorosa noticia.

* * *

El día de nuestro patrono, San Francisco de Sales, el Sr. Arteaga me condujo á Caracas. Las cuatro horas de ferrocarril entre escarpas y despeñaderos armonizábanse perfectamente con mis pensamientos. Las atenciones prestadas por este santo Cooperador han sido tales que no me las habría podido hacer mayores si yo fuera su hermano. Me alojó en su casa, me cedió su estancia y propia cama y no quiso separarse de mí ni un momento. Para distraerme, ha querido que vea los monumentos y las vistas más pintorescas de la vecindad. ¡Cuánto consuela un amigo semejante en los días de mayor dolor!

Muchas fueron las visitas de pésame que recibí, en especial del clero: canónigos, párrocos, el Sr. Vicario General de la diócesis, el Sr. Vicario Capitular de Guayana, Don Francisco Avis y muchos Cooperadores Salesianos. ¡Dios les colme de favores!

Visité á S. E. Rev^{ma} el Sr. Arzobispo

Don Crispulo Uzcátegui. ¡Qué bueno es! ¡y cuánto desea á los Salesianos!

Aquí en Caracas los Salesianos serán recibidos en palmas de manos y encontrarán mucho campo para el trabajo. Es una residencia excelente en todos respectos. Muchos eclesiásticos me decían: — Sentimos muy de veras el fallecimiento de su hermano; pero nos consuela la esperanza de que ha de ser semilla de Salesianos en Venezuela. Cuidaremos de su tumba y pida á Don Rua que no demore en mandar á los Salesianos.

Apenas llegué á Caracas todo estaba preparado en la iglesia del Sr. Arteaga para una gran función en honor de nuestro Santo Patrono. Celebróse misa con toda solemnidad, se predicó en la mañana y en la tarde y dióse la bendición con el Santísimo Sacramento. ¡Qué celo tan vivo anima á este buen párroco por la Obra Salesiana! Habló al numeroso auditorio especialmente sobre nuestras misiones y de la desgracia que acabamos de sufrir con la muerte de un hermano. Todos estaban conmovidos. He sabido que en esta iglesia todos los años se celebra una fiesta semejante el día de San Francisco.

Esta mañana tuvo lugar allí mismo una solemne misa de *Requiem* con excogida música por el aniversario de nuestro querido Padre D. Bosco, aniversario que también el Sr. Arteaga solemniza todos los años. La concurrencia fué numerosa, particularmente de Cooperadores, que, sin contar otras decurias, sólo en el registro del Sr. Arteaga son como 800. Muchos recibieron la Santa Comunión.

Hoy he comido con el Sr. Arzobispo. Después de comer me acompañó personalmente á visitar el Seminario, edificado por él en seis meses con la ayuda del pueblo, por haberle quitado el Gobierno el que tenía junto á la casa episcopal. Los alumnos son pocos, pero buenos. Entre ellos encontré un clérigo que estudió los ramos de primera enseñanza en nuestro colegio de Varazze (en Italia); se llama Delfín Manuel Felice. Actualmente cursa teología y pronto se ordenará sacerdote. Muy gratos recuerdos conserva de sus Superiores y me encarga saludarles.

A las 2 1/2, Sr. Don Rua, he recibido su telegrama en casa del Sr. Arzobispo. Cumpliré fielmente su indicación; pero si mis hermanos no han recibido en Puerto Cabello el telegrama en que les anunciaba la desgracia y les pedía cambiasen itinerario y me esperasen en Cartagena, deberé caminar diez y siete días enteramente solo.

El domingo 2 de febrero volveré á La Guaira para embarcarme.

Cierro esta con saludarle atentamente á nombre del Sr. Arzobispo, del Sr. Arteaga y de muchos eclesiásticos. Todos, y en especial el Sr. Arzobispo, esperan con ansiedad á los Salesianos.

Sírvase saludar á todos los Superiores y Ud., amadísimo Padre, ruegue por su

Af^{mo} hijo

Sac. MIGUEL UNIA.

El periódico semanal de Maiquetía *El Eco de Lurdes* el 1º de febrero publicaba el siguiente artículo:

In memoriam.

El martes pasado murió en el Hospital de San José de esta parroquia de Maiquetía un joven, misionero Salesiano de la célebre Congregación de Don Bosco. Llegó al puerto de La Guaira en el vapor *La France* con otros once hermanos en viaje á Colombia; però habiéndole sobrevenido en el camino una seria enfermedad, se encontró tan postrado de no poder seguir adelante.

Las Hermanas hospitalarias de Maiquetía recibieronle con gran caridad abriéndole los brazos siempre dispuestos, como los de Jesucristo en la cruz, para socorrer todo dolor, toda miseria y desgracia. El joven moría en el mismo día de su arribo: llamábase José; tenía veinte años y la tierna edad contrastaba con la resignada y generosa inmolación del sacrificio.

Quizá allá en tierras lejanas había abandonado patria, padres, hermanos y hermanas, puros y nobles afectos que le habrían endulzado sus dolores...

Quizá muchos halagos presentábansele en la tierra natal... Pero él cerró los ojos á lo terreno, desdeñó el mundo y escuchando la voz poderosa que le hablaba al corazón, abandonó la Europa, atravesó el mar, vino á sufrir las fatigas del misionero del Señor que en regiones desconocidas, se abraza á la cruz, que constituye su principal tesoro y en la cual debe morir.

¿Cuál fué el ideal de este joven? ¿cuáles las afecciones que llenaron su corazón?

¡Ah! prodigio es este de la religión de Jesucristo. Este joven, renunciándose á sí mismo, para no pensar más que en el bien de sus prójimos, encendiése en el deseo de propagar la soberanía de Dios en la tierra y en el de ganar muchas almas para el Cielo. Oyó que aún existen naciones que, pasados amargos y tristes desengaños, anhelan ser regeneradas con la religión del Divino Salvador y las bendiciones de su santa esposa la Iglesia. No fué menester más para que volase á ocupar un puesto entre sus compañeros de trabajo: no reparó en el sacrificio y aceptó generoso todas las consecuencias.

El Señor llámole á su gloria antes de que llegase á la tierra de sus aspiraciones, donde iba á desplegar su celo, y murió santamente resignado, con la paz del justo y la firme esperanza de la inmortalidad.

Sus restos fueron sepultados con la gran solemnidad propia de tan preciosa muerte, solemnidad que era á la vez la sincera expresión de los sentimientos con que, aun en América, la hospitalidad cristiana cumple sus deberes para con un hermano en Cristo.

Allí, junto al féretro, sin poder contener las lágrimas y sumido en profundo dolor, estaba un venerable sacerdote de la Congregación Salesiana que acompañó al joven hasta su último aliento. Lloraba la pérdida del hermano, pero fortificábase con el pensamiento de tan humilde y fecunda inmolación.

Quiera el Cielo que las cenizas del joven misionero, que ahora se guardan en el cementerio de Maiquetía, sean como le semilla que, bendecida por Dios, haga germinar y desarrollarse en nuestra patria la Congregación Salesiana á fin de que den copiosos frutos de salud los individuos, las familias y los pueblos que no reusan el testamento eterno de Dios.

Maiquetía, 30 de enero de 1890.

JUAN B. CASTRO.
Arcediano.

Carta de Cartagena.

17 de febrero de 1890.

REV^{mo} Y MUY AMADO
DON RUA :

Ha sucedido lo que yo temía: Mis compañeros no recibieron telegrama alguno en Puerto Cabello y en consecuencia siguieron viaje á Barranquilla en compañía del ingeniero romano.

El 5 de febrero me embarqué en La Guaira y tomé billete de pasaje directamente para Cartagena. Encontré en el vapor buena compañía, amables pasajeros y oficiales. El Capitán hizo lo posible para distraer mis dolorosos recuerdos.

Llegué á Cartagena el 8 del presente y aquí espero un barco en que seguir camino á Honda. Los demás misioneros, en llegando á Barranquilla, según he sabido, pusieron un telegrama al II^{mo} Sr. Biffi del tenor siguiente: Seis Salesianos llegados ayer (30 de enero) en un vapor frances, desean saber si su Superior que debe venir de Chile se en-

cuentra en ésa ó si ha continuado viaje. Dejaron un hermano enfermo en La Guaira y otro para que lo asistiera. Celebraremos que V. E. lo recomiende al P. Muchado. Firmado *Presbítero Valiente.*

Como ve, Sr. D. Rua, ignoraban completamente la muerte de Eterno ocurrida cuatro días antes de tal telegrama.

Aquí en Cartagena ninguna noticia he tenido de ellos ni del Director Don Rabagliati.

No podré seguir á Bogotá hasta el 22 de los corrientes, por falta de embarcación que salga antes. He anunciado por telégrafo mi partida á los demás hermanos.

Nueve días hace que estoy en Cartagena en casa del Sr. Obispo, en la misma que está destinada para ser entregada á los Salesianos él año 1891. No sería posible encontrar en Cartagena una en mejor situación que ésta. Tiene una esplendida vista al mar y domina toda la ciudad. Se siente cálido, pero el aire es sano.

No he podido obsequiar al Sr. Obispo por encontrarse en visita de la diócesis, que no terminará antes de dos meses. He sabido que espera con gran interés á los Salesianos: dió orden para que se les tratase con la mayor atención, lo que conmigo hace el único sacerdote que hay en la casa epi-

scopal: es italiano y pertenece á la misma Congregación que el Sr. Obispo.

Le saluda afte. y á todos los Superiores
Su A. hijo en G. y M.
Sac. MIGUEL UNIA.

Mientras Don Miguel Unia se preparaba á partir para Bogotá D. Evasio Rabagliati había ya salido de Chile y escribía de Panamá la carta siguiente:

De Panamá.

15 de febrero de 1890.

AMADÍSIMO SR. DON RUA :

Mi viaje de Chile á la Argentina y de la Argentina á Chile, siempre por la Cordillera,



Acólito D. JOSÉ ETERNO

MISIONERO SALESIANO

Nacido en Tonco (Italia) y fallecido en Guaira (Venezuela).

fué felicísimo. No lo ha sido menos, si bien largo, el que acabo de hacer á Panamá. Aquí llegué el 11 de los corrientes, veinte días después de mi embarque. Don Savio me acompañó hasta Lima donde trata con la Autoridad civil y eclesiástica para la fundación de una casa. Apenas si en el Callao tuve tiempo de bajar á tierra.

En Panamá mi primera diligencia ha sido tratar de saber si se han recibido noticias de los Salesianos en viaje á Bogotá, los cuales, según mis cálculos, deben ya de haber legado á Cartagena; pero nadie ha sabido darme razón.

Solamente el Ilmo. Sr. Peralta, Obispo de Panamá, que me recibió con la mayor gentileza, díjome que había llegado un Padre Lazarista con cuatro Salesianos que habían seguido camino á Quito. Corrí á ver al Padre Lazarista quien me advirtió lo siguiente: « Por la gran neblina retardamos 36 horas la salida de San Nazario. Uno de los jóvenes Salesianos, habiendo caído enfermo, durante el viaje no pudo salir de su camarote. Los médicos querían dejarlo en la Martinica, pero él no quiso separarse de sus compañeros. No obstante como se agravara extraordinariamente la enfermedad, debió quedar en La Guaira acompañado de un sacerdote. ¡Providencia de Dios! Allí es floreciente la familia de Cooperadores Salesianos y un párroco, que es su presidente, lo acogió con los brazos abiertos en su casa. Entretanto los demás Salesianos continuaron su camino, bañados en lágrimas los ojos por tan dolorosa separación. No sé porque en vez de seguir hasta Cartagena, desembarcaron en Sabanilla, menos cuatro de ellos destinados á Quito que llegaron á Panamá el 1º de febrero y en el mismo día continuaron viaje á Guayaquil á donde deben haber llegado el 4 ó 5 de este mismo mes. »

Estas noticias me han trastornado. Yo había tocado en Guayaquil el 8, pero habiendo llovido todo el día, apenas tuve tiempo de bajar á tierra á poner un telegrama para los hermanos de Quito. ¿Pero quien es el enfermo que quedó en La Guaira? El P. lazarista no supo decírmelo. Envié telegrama á La Guaira preguntando el nombre y estado del enfermo; mas han pasado ya cinco días y no he tenido respuesta.

Anteayer el Superior de los Jesuítas, que con gran benevolencia me hospeda, recibió una carta de Cartagena del P. Brioschi, secretario del Ilmo. Sr. Biffi, la qual concluía así: « En este momento llega un sacerdote Salesiano. No tengo más tiempo. Adiós. »

Yo pensaba: « ¿Quién será este sacerdote? ¿por qué uno solo? ¿Quisá que su compañero ha muerto; de otro modo no lo habría abandonado! Y tal pensamiento me afligía en extremo.

Ayer, para distraerme, invitado por el Ca-

pellán del hospital de Panamá, fuí á ver aquel gran establecimiento erigido por la Sociedad del Canal de Panamá. Creo que sea el mayor del mundo, con excepción del de nuestro venerable Cottolengo. Jamás he visto cosa igual, y no es fácil que, antes de verlo, pueda uno formarse una idea. He contado más de treinta suntuosos cuerpos de edificio, separados unos de otros por magníficos bosques, jardines y viales. Tiene cuatro capillas: una para las hermanas y tres para los enfermos. Establecido está sobre una pintoresca colina exuberante de árboles los mas variados, muchos de ellos frutales. Suspendidos los trabajos del canal, el número de enfermos ha disminuído, por lo que ahora muchas salas del hospital están cerradas. Los enfermos no son actualmente más de ciento; antes pasaban de 600. El servicio lo prestaban unas 40 Hermanas; ahora quedan 20. Una de ellas ha conocido personalmente á Don Bosco.

Esta gran fábrica honra en gran manera á la dirección de la Sociedad del Canal, la cual previendo las consecuencias del pesado trabajo é inmensa aglomeración de gente en sitios malsanos y sumamente ardientes erigió este hermosísimo y estupendo hospital que debía librar tantas víctimas de la muerte.

¿Podrá imaginarse quien es el Capellán de este hospital? Un joven sacerdote que hizo sus estudios en la casa del Cottolengo en Turín y conoció muchísimo á Don Bosco, el Oratorio y Superiores que allí se encuentran. Me habló con entusiasmo y gran cariño de nuestra Congregación y de la enseñanza, en especial de la música en la cual es eximio. Se llama Juan Bautista Martín. No hace un año que fué ordenado acá. Su Señoría Ilma. lo estima mucho por su ciencia y virtud, lo llama de continuo á palacio y es profesor del Seminario. Con él he pasado agradables horas; pero á menudo me asalta el triste pensamiento...

Sac. EVASIO RABAGLIATI.

Carta de Cartagena.

28 de febrero de 1890.

Después de 12 días de espera en Panamá vine á Cartagena donde hace ya ocho días que estoy en casa del Ilmo Sr. Biffi quien está ausente en misiones. Aquí he tenido noticia de la muerte del clérigo José Eterno. ¡Hermano querido! ¡Venía á asociarme á tus trabajos y no he tenido siquiera el consuelo de verte! Pero cuán edificante fué su muerte. ¡Dichoso él que como un santo voló al paraíso! Mas desdichados nosotros que vemos debilitarse el personal de nuestra misión antes de comenzar el trabajo.

Dentro de dos horas estaré en viaje á bordo de un vaporcito que llega en este momen-

En un diario de Bogotá que he recibido esta mañana leo el nombre de los Salesianos que han venido. Falta D. Unia que continúa su camino.

Muy grande es la escasez de eclesiásticos en esta tierra; mayor aún que en la República Argentina y Chile. Encuéntrase más de setenta parroquias sin asistencia espiritual. ¿Quizá que más tarde la corriente de religiosos Salesianos venga á ser mayor hacia acá? ¿Quién sabe lo que Don Bosco pida á sus hijos? ¿Evangelizar indios? salvajes?

El Presidente de ésta República me aseguraba, pocos días hace, que sólo en Colombia hay más de medio millón. ¡Y luego en el Ecuador! Dios inspirará á nuestros Superiores lo que los Salesianos deban hacer.

Tan luego como me sea posible le escribiré una relación circunstanciada de mi viaje para comunicarla á nuestros buenos Cooperadores que siempre gustan conocer el movimiento de estas misiones.

Besa las manos de V. R., y se recomienda á sus oraciones su

Afmo. en el Señor
Sac. EVASIO RABAGLIATI.

De Bogotá.

Bogotá, marzo 1º de 1890.

Comenzamos hoy nuestra Revista dando cuenta de un hecho importantísimo, que llamará la atención general, porque es el primer paso que se da para el adelanto industrial del país. Mucho se ha hecho en favor de la instrucción pública, elemento indispensable en la obra del perfeccionamiento individual; pero muy poco se había trabajado para dar al pueblo enseñanza científica en la artes y profesiones á que ha de dedicarse al emprender la lucha por la vida. La mayor parte de nuestros artesanos limitados en sus trabajos á la práctica adquirida en la rutina, aunque dotados de gran capacidad, no tienen la fuerza intelectual que dan los conocimientos científicos para adelantar y perfeccionarse en su profesión. Descuidada la educación cristiana y moral, muchos obreros no conocen la importancia del ahorro, ó lo disipan para satisfacer apetitos del momento, lo que impide la formación del capital. Con la fundación de *Institutos Salesianos* para varones, y este es el hecho á que hemos aludido, la educación de la parte más importante de la sociedad va á ser atendida con el cuidado que merece. Obreros religiosos y aptos para muchos trabajos saldrán pronto de esos Institutos. Mejorada la condición moral del artesano, se obtendrán beneficios de grande importancia.

Mucho se ha hablado del sistema proteccionista como medio de hacer adelantar la industria nacional: y sin entrar á hacer apreciaciones sobre las ventajas é inconve-

nientes de él, podemos asegurar que la protección eficaz y permanente es la que mejora las aptitudes y el carácter del trabajador. El obrero hábil aleja la competencia, y el obrero moral ve en el ahorro el capital que debe darle independencia y bienestar.

En los primeros días del mes de febrero llegaron seis de los miembros de la Orden Salesiana de Turín que, por contrato con el Gobierno, deben fundar en esta ciudad un Instituto para enseñar agricultura, herrería carpintería, sastrería y zapatería. Luego que llegue el Superior principiarán las enseñanzas. Ya se compró el local adecuado para el objeto.

En el curso del año llegarán á Cartagena Hermanos Salesianos á fundar también un Instituto; y sabemos que el señor Gobernador de Boyacá piensa establecer una escuela de artes y oficios en el Departamento, para lo cual cuenta con los fondos suficientes. Muy laudable nos parece esta medida, y creemos que en ninguna parte dará mejores resultados que en Boyacá.

(El *Porvenir* de Cartagena).

NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES de la Patagonia.

MI MUY QUERIDO PADRE:

Con mucho placer le mando algunas noticias de la linda función, primera en su género, que hemos celebrado ayer, día de la Natividad de nuestra querida Madre María. Por cierto le consolará mucho el saber que se recibieron veinte comuniones, diez y ocho de las cuales de niñas, número bastante crecido en consideración al pequeño número de habitantes del pueblo. ¡Ah! querido Padre, si viera qué afán, qué deseos tienen estas niñas de comulgar; es cosa admirable. El domingo, antes que amaneciera, ya había algunas golpeando á la puerta, y éstas eran de las que viven más lejos. Cuando les abrimos, y les dijimos: « ¡Pero criaturas! ¿Por qué vienen Uds. tan temprano con este frío? » (pues era muy recio); ellas contestaron: ¡Ah Hermana! ha sido por el temor de no poder recibir á Nuestro Señor.

Durante la misa, antes de la comunión, cantaron el *Oh Salutaris*, y después el *Ya lo poseo*.

A la función de la mañana siguió la de la tarde. En un palco improvisado, las niñas recitaron unos diálogos y poesías, leyeron algunas cartas y cantaron excogidas romanzas. Gracias á Dios, salieron bastante bien. Presenciaron la fiesta, además del Rdo. Padre Pestarino, unas cuantas señoras madres de las niñas. Entre todas había más de cincuenta personas. La alegría fué general; había

señoras que lloraban de consuelo. Las niñas se subían en las ventanas y en los caballos para ver, y desde la calle se oía gritar: ¡Vivan las Hermanas! Después tuvo lugar la rifa. Los regalitos recibidos fueron bastantes. Desde el sábado llovían éstos en nuestra pobre casa. Quien venía con huevos, quien con manteca, ó torta, quien con carne; nos trajeron también una damajuana de vino que guardamos para cuando venga el Ilmo. Sr. Cagliero. Era verdaderamente cosa que alegraba mucho ver el afán y la sencillez con que cada uno traía lo que tenía. En agradecimiento se dió un paseo al día siguiente á las niñas. ¡Puede imaginarse V. R. cual sería la alegría! Por la mañana temprano se presentaron todas con su atadito, donde traían lo necesario para el alumerzo, y fuimos á comer á La Cuchilla, no muy lejos de casa. Volvimos cerca de las cinco de la tarde; todas muy alegres y contentas. Hace quince días que tenemos una pupila; tiene nueve años de edad; se porta bien y se halla muy contenta de estar con nosotras. Hoy echamos abajo la capilla vieja para hacer en su lugar un dormitorio, pues luego han de llegar unas cinco ó seis pupilas más, entre las actuales hay tres negritas y la hija del cacique Pontemán. Por lo pronto formamos un altarcito en un cuarto cerca de la escuela que hasta ahora ha servido de locutorio, y que en adelante servirá además para capilla, comedor y tal vez escuela. Las niñas que asisten al colegio son treinta y tres, y esperamos otras. — La Providencia sigue ayudándonos. Los indios nos quieren mucho. Cuando vamos á sus ranchitos nos tratan lo mejor que pueden; nos dan asiento y se quejan si dejamos pasar algún tiempo sin ir á visitarlos.

Nosotras estamos buenas y muy contentas. El trabajo es mucho y sigue aumentando; pero de eso mismo estamos contentas. Gracias á Dios, siempre tenemos la buena voluntad de santificarnos. La paz reina entre nosotras y nos queremos mucho en el Señor.

Olvidábaseme decirle que ya tenemos fama de médicas. Tanto es así que ó nos traen los enfermos ó nos vienen á buscar para que los vayamos á ver de dos y tres leguas de distancia. Gracias al buen Jesús los remedios que nos mandó el P. Garrone hasta ahora han sido muy provechosos.

Nos encomendamos á V. R. á fin de que no se olvide de nosotras y nos recuerde en el santo Sacrificio. Le rogamos también nos bendiga para que podamos santificar nuestras almas y las de nuestros prójimos.

De V. R.

Humilde hija

SOR MARIA MAGDALENA.

VALENTIN

ó la Vocación Contrariada.

(Continuación).

— Todas estas cosas pasan por mí. Mi madre deseaba ardientemente que me hiciese sacerdote, y yo lo deseaba aún más que ella. Sólo dos años me sentí con repugnancia y aversión hácia este estado; aquellos dos años que ya sabéis: pero hoy á ninguna otra cosa más que á ésta siento inclinación. Encontraré resistencias por parte de mi padre, que quisiera me dedicase á una carrera civil, pero espero que Dios me ayudará á vencer cualquier obstáculo.

El director le hizo entonces notar, que el hacerse sacerdote representaba la total renuncia de todos los placeres terrenos: renunciar á las riquezas, á los honores del mundo, no ambicionar cargos distinguidos, estar pronto á sufrir cualquier desprecio, y dispuesto á hacer y sufrir cuanto sea necesario para promover la gloria de Dios, ganar almas para el cielo, y ante todo salvar la propia. « Cabalmente esas razones, replicó Valentín, me mueven á abrazar el estado eclesiástico. Puesto que en los demás hay un mar de peligros que son en extremo inferiores en el estado de que hablamos. » Mas debía tropezar con la oposición del padre.

CAPÍTULO VI.

Las dificultades.

En el mes de mayo de aquel año escribió Valentín á su padre una carta en la cual le manifestaba su resolución y le pedía consejo. « Padre mío, le decía, he estudiado y examinado atentamente mi vocación, he pedido consejo á mis superiores y especialmente á mi confesor, y estoy resuelto á abrazar el estado eclesiástico. Sé que Ud. me ama y desea mi verdadero bien, por esto espero que unirá su satisfacción á la mía. Cuando niño mi madre me llevó ante un altar de la Virgen Santísima en nuestra parroquia, y después de repetidas oraciones, le oí decir muchas veces: « María, haced que este hijo mío sea siempre vuestro, y si ha de ser para bien de su alma, hacedlo un celoso sacerdote. Espero que el deseo de mi madre será también el de Ud. »

Mucho afijió á Hosnero la lectura de esta carta. Tenía gran caudal; Valentín era su único heredero, y además de esto el raro ingenio del joven, su amor al trabajo, su carácter vivo y su índole bondadosa y docil, le ofrecían un brillante porvenir en las carreras civiles. Por esto el amante padre deseaba que se aplicase á cualquier carrera y fuese, por decirlo así, el báculo de su vejez, y el continuador de su nombre y de su familia. Viendo frustradas sus esperanzas, escribió una carta en la que mostrándose

irritado y arrepentido de haberlo puesto en aquel colegio y criticando el que los superiores le hubieran dado una educación en extremo religiosa, le mandaba venir inmediatamente á casa con prohibición absoluta de hablar más de vocación. Pero reflexionando después en las consecuencias que aquella carta hubiera podido producir, no la mandó y escribió otra en términos más suaves, del tenor siguiente:

« Amado hijo. Veo por tu carta que te propones abrazar el estado eclesiástico. Esta resolución es prematura. Tu corta edad no te permite conocer la importancia de tu resolución. Tu dependes de mí y no de otros. Soy tu padre y yo sólo puedo y quiero hacerte feliz. En casa hay bienes de fortuna para que nada te pueda faltar; una lucida carrera se te va preparando, un risueño porvenir te espera. Pero es menester que no des oídos á otros más que á tu padre. Contéstame pronto y dime francamente lo que piensas y lo que quieres hacer. »

Valentín leyó la carta y con toda tranquilidad respondió á su padre:

« La carta de Ud. me confirma el gran cariño que me ha tenido siempre. Ud., padre mío, desea mi felicidad, y esta felicidad la descubro yo en el estado eclesiástico. Ni los honores, ni las brillantes carreras, ni las riquezas podrán hacerme feliz fuera del estado eclesiástico. Querido Padre, el Dios del cielo y de la tierra es su señor y mío. Si Él quisiera que yo fuera su ministro ¿tendría Ud. valor para oponerse? ¿La dignidad del sacerdote no es superior á todas las dignidades de la tierra? Si nos asegura la salvación del alma ¿no habremos ganado el mayor tesoro que el hombre puede ganar en este mundo? Por lo demás le aseguro que cualquiera que sea mi resolución jamás abandonaré á Ud. Mientras viva haré cuanto esté de mi parte para confortar su vejez, amándole, respetándole y haciendo cuanto esté en mi mano para su felicidad.

Hosnero comprendió que su resuelta oposición iba á influir poco en el ánimo de su hijo, y por eso juzgó mejor disimular por entonces todo su plan y esperar las vacaciones. Escribió, pues, al hijo, que había recibido con mucho gusto su carta y que esperaba que concluidos los exámenes, viniera á pasar una temporada en casa. Por lo demás, personalmente hablarían y se entenderían al terminar el año escolástico. Valentín rindió exámenes con éxito felicísimo; pero no se atrevía á resolverse á marchar á casa por temor de que el padre insistiera oponiéndose á su vocación. Hosnero, viendo que el hijo no parecía, fué él mismo al colegio para traerlo á casa á vacaciones.

Aquí tuvo lugar una escena en extremo conmovedora. Valentín deseaba que el padre antes de salir del colegio le otorgase el suspirado consentimiento; de modo, que el padre

no quería prometer y el hijo no se atrevía á salir. En este estado, Hosnero tomó un temperamento medio, diciendo: « Si la vocación te viene del cielo, yo no quiero oponerme y te doy el más amplio y absoluto consentimiento. Pero como temo que tú no comprendas bien lo que vas á hacer, deseo que vengas á casa; después de algunos días de vacaciones nos abriremos mutua y francamente el corazón, y si perseveras en el mismo propósito, te dejaré completamente libre y aun nada escasearé para favorecerte y secundar tu noble deseo. »

A aquellas palabras y promesas Valentín se conformó. Al partir del colegio, el director le dijo: « Mi buen Valentín, una gran batalla te espera. Guárdate de las malas compañías y las malas lecturas. Ten siempre por madre á la Virgen Santísima y recurre con frecuencia á ella. Dame pronto noticias tuyas. » Valentín muy conmovido prometió al director no olvidar su consejo, y partió con su padre á su pueblo.

CAPÍTULO VII.

Un día funesto.

La mayor desgracia que puede ocurrir á un jovencito es un mal día. De ella fué demasiado pronto víctima también nuestro Valentín. La pluma se me cae de las manos al escribir esto, y me costaría creer lo que he visto, si la desgraciada verdad y realidad del suceso no excluyese toda duda. Quiera Dios que esta desgracia sirva al menos de advertencia y ejemplo.

Ya en la casa paterna á Valentín, se le dejó por algunos días entregado á sí mismo y sin hablarle ni una palabra de vocación. Entre tanto el padre, aguijoneado por el deseo de que su hijo llegara á ser un día el continuador de su nombre y de su estirpe, quería á toda costa inducirlo á cambiar de propósito en cuanto á la vocación; y para conseguirlo formó el diabólico proyecto de confiarlo á un hombre de malas costumbres é infame vida, para que enseñase á su pobre hijo el camino del mal. Padre infeliz, por la esperanza de un miserable bien temporal, arruina la casa, el honor, el cuerpo y aun lo que es más doloroso todavía, el alma de su hijo.

Hosnero, pues, realiza su proyecto entregando á Valentín á un cierto Mari, para que lo introdujese en el mundo haciéndoselo conocer bien, y que después resolviera sobre su vocación. Este Mari era un hombre ya algo maduro que había pasado su vida entre devaneos y vicios que solamente la edad le obligaba á abandonar. Hosnero le dijo: « Mi querido Mari, habéis sido siempre un amigo sincero de mi familia; ahora tengo que encomendaros un asunto del mayor interés. Mi Valentín quiere hacerse sacerdote; yo no quiero..... ya me comprendéis, os lo entrego

para que lo llevéis con vos; hacedlo viajar, ver y gozar cuanto hay en el mundo. Todo lo que se gaste será de mi cuenta: os encargo solamente que cuidéis de su salud. » « Dejadme obrar, respondió sonriendo Mari; lo comprendo todo, no podíais haber elegido una persona más á propósito para esta empresa; procuraré dejar contento á vuestro hijo, y haceros este servicio á vuestra más completa satisfacción. »

Partieron, y al partir Mari procuró que Valentín no llevara consigo libro alguno de devoción: para hacerle menos pesado el camino, le iba contando mil cuentecillos y anécdotas de frailes, sacerdotes y monjas; al principio indiferentes, después poco á poco y cada vez más picantes y obscenos. En seguida puso en sus manos libros que á primera vista Valentín rehusó con horror; pero que después comenzó á leer por pasatiempo y luego por curiosidad; y no había pasado un mes cuando el pobre Valentín estaba ya acostumbrado á todo género de lecturas y de conversaciones. En aquel momento, todavía, una sola palabra acaso de un buen amigo le habría apartado de la ruina; pero aquel amigo no lo tuvo. El pérfido Mari, después de haber hecho rodar al infeliz Valentín por las fondas, casas de juego, cafés, teatros, bailes, y después de haberle hecho viajar de acá para allá, de una ciudad á otra, se propuso para colmo de desventuras seducirlo y engolfarlo en aquel asqueroso vicio que San Pablo qui no fuera ni aun nombrado siquiera entre los cristianos. Valentín veía el abismo á que caminaba y al principio sentía agudísimos remordimientos. Muchas veces trató de ir á confesarse; pero su criminal guía se lo estorbó siempre. Una tarde deseaba ir vivamente á un convento de capuchinos, y Mari le hizo equivocar el camino y lo condujo á una casa de prostitución. Valentín se sorprendió dolorosamente y fué tal su disgusto, que casi desesperado se hubiera arrojado por una ventana del tercer piso de aquella casa, si Mari no hubiera corrido á detenerlo. « En aquel momento, dijo más tarde Valentín, creía yo que la muerte era un mal menor que los romordimientos de conciencia que atormentaban mi alma. » Pero estos remordimientos no duraron mucho; insensiblemente se fué habituando á las malas conversaciones y lecturas, y se entregó á toda clase de vicios, tanto que, á los seis meses de esta desordenada vida, no solamente no hacía oposición á las indicaciones de Mari, sino que con el mayor gusto secundaba sus malvados deseos. En este estado las cosas, Mari comprendió que su diabólico encargo estaba cumplido, y condujo á Valentín á casa de su padre.

— Creo haberte servido, dijo Mari saludando á Hosnero.

— Os doy gracias, Mari, vos habéis sido siempre un amigo de mi familia, y en esta

ocasión tenéis un derecho más á nuestra gratitud.

— Padre, dijo Valentín echándose en sus brazos; padre, estoy por completo á vuestras órdenes.

— ¿No te harás ya sacerdote?

— No, ciertamente; seré cualquier otra cosa, pero sacerdote, nunca.

— Bendito sea el cielo, soy un padre afortunado; voy á convidar mañana á todos los amigos para celebrar tu regreso.

Hosnero estaba entonces como el que camina tranquilo sobre un terreno cubierto de flores, sin saber que bajo ellas se cubre un abismo profundo. No podía imaginar que la vuelta de Valentín fuese presagio de inmensas desgracias.

BIBLIOGRAFIA.

Margarita Bosco. — *Relación amena y edificante por el Sac. JUAN B. LEMOYNE de la Congr. de San Francisco de Sales.*

« Es una narración tan sencilla y de tan creciente y singular interés, que comenzada la lectura, siéntese vivo deseo de continuarla sin interrupción.

» Esta historia no es sino un tributo de reconocimiento de los hijos Salesianos á la mujer admirable que, según la expresión del celebre escritor D'Espiney, bajo el vestido humilde de aldeana atesoraba un corazón digno de reina, la madre del gran apóstol de nuestros tiempos, el sacerdote Don Juan Bosco.

» En las breves páginas de ese bellissimo libro manifiéstase la cooperación que Margarita Occhiena de Bosco prestó á su incomparable hijo en la fundación del famoso Oratorio de Turín, la vida humilde, laboriosa, perseverante en el bien, vigilante, previsora y resignada que observaba en su gran familia adoptiva, los huérfanos y rapazuelos más desamparados recogidos por Don Bosco.

» Cada uno de los capítulos de su biografía son otras tantas perlas á cual más preciosa y en especial el último, en que se trata de la muerte de esta heroína, capaz de enternecer al corazón más duro y al alma menos cristiana. »

Esto dicen las *Lecturas Dominicales de Palermo.*

Por nuestra parte sólo agregaremos que la edición publicada hace poco en Barcelona se ha hecho con todo el esmero que la importancia del asunto merece.

ANTONIO

Ò EL PEQUEÑO HUERFANO DE FLORENCIA

TRADUCIDO DEL ITALIANO

por el P. FELIX CAPRIOGLIO

Un vol. en-32° de pág. 164. (Ls. Cs. 53) Pesetas 0, 80

VUELO DE TRES ANGELES

DE LA TIERRA AL PARAISO

por Monseñor **BONARD**

Y TRES FLORES SALESIANAS

Un vol. en-32° de pág. 112 (Ls. Cs. 56) Pesetas 0, 80

BENJAMINA

Novela Contemporanea por el P. I. José Franco S. J.

Traducida por el P. JOSÉ FERNANDEZ.

Un vol. en-32° de pág. 256 (Ls. Cs. 57-58) Pesetas. 1, 60

¿ MI HIJO FRAILE ?

¡ PREFIERO VERLE MUERTO ! MEMORIAS DE UN JOVEN CONTRARIADO EN SU VOCACIÓN

por el sacerdote

CARLOS M. VIGLIETTI de la P. S. de S. F. de S.

Dos vol. en-32° de pág. 196 (Ls. Cs. 59-60) Pesetas 1, 60

MIS DIFICULTADES

Yo quisiera practicar mi religion! pero ya no puedo!

POR EL P. D. DAMAS. S. J.

Un vol. en-32° de pág. 74 (Ls. Cs. 61) Pesetas (D) 0, 80

EL ANGEL DEL APOCALIPSIS

Ò VIDA DE S. VICENTE FERRER

ESCRITA EN ITALIANO POR EL P.bro CARLOS LOMBARDI

Traducida al español por un Padre Salesiano

Un vol. en-32° de pág. 112 (Ls. Cs. 63) Pesetas 0, 80

PRODIGIOS DE MARIA

Ò SOCORROS CON QUE LA MADRE DE DIOS FAVORECE À SUS DEVOTOS

por JUAN MANUEL PASTOR

Un vol. en-32° de pág. 131 (Ls. Cs. 64) Pesetas 0, 80

FE Y LIBRE EXAMEN

EL PAPA Y EL CONCILIO VATICANO

RENAN Y LA VIDA DE JESUCRISTO

opúsculos del P. Francisco Martinengo

traducidos del italiano

por el P. FELIX CAPRIOGLIO de la Pia Sociedad Salesiana

Un vol. en-32° de pág. 140 (Ls. Cs. 65) Pesetas 0, 80

RASGOS BIOGRAFICOS

del joven seminarista LUIS COMOLLO

ESCRITOS POR SU CONDISEIPULO

DON JUAN BOSCO

traducción del P. MARIO MIGONE

Un vol. en-32° de pág. 124 (Ls. Cs. 66) Pesetas 0, 80

EL HOMBRE DE BIEN

ALMANAQUE PARA EL AÑO DEL SEÑOR DE 1890

Obsequio á los Suscritores

DE LAS LECTURAS CATÓLICAS DE BUENOS-AIRES

Un vol. en-32° de pág. 128 Pesetas 0, 80